

# K+Novios



uno

dos

tres

cuatro

cinco

seis

siete

ocho

## TEMA 4

# La comunicación

"Palabra y silencio.  
Aprender a comunicar quiere decir  
aprender a escuchar, a contemplar,  
además de hablar"  
Benedicto XVI

★★★★  
Versión BETA  
★★★★



CONFERENCIA  
EPISCOPAL  
ESPAÑOLA



COMISIÓN EPISCOPAL PARA  
LOS LAICOS, FAMILIA Y VIDA  
Subcomisión Episcopal para  
la Familia y Defensa de la Vida

Jesús de Nazaret nos invita una y otra vez a salir al encuentro de las personas, a dialogar con ellas y conocer lo que guardan en el corazón. Mirar con los ojos de Jesús a quienes forman parte de nuestro día a día es un reto. Aprender a comunicarnos, a compartir nuestros sentimientos, pensamientos, inquietudes o ilusiones con la persona con la que vamos a casarnos, es fundamental para la creación de una familia.

**La comunicación es algo más que palabras y gestos,**  
es compromiso, cariño, comprensión, alegría, entrega,...

### Objetivos de la sesión

- ♥ Ser conscientes de la importancia de una buena comunicación en la relación conyugal.
- ♥ Reflexionar sobre lo que significa comprometerse a vivir en pareja y la importancia de la comunicación para ello.



### Desarrollo de la sesión

Comenzamos la sesión dando la bienvenida, preguntando qué tal están, y recordando los nombres de las personas que estamos participando en los encuentros.

#### *Dinámica del ovillo*

Todas las personas que participan de los encuentros, incluido el acompañante, se colocan en círculo. Comienza el acompañante que dinamiza la sesión diciendo su nombre y una palabra que resuma o subraye sensaciones o sentimientos vividos en la sesión anterior. A continuación, quedándose con el extremo del ovillo, lo lanza a otra persona que responderá a la misma pregunta y quien a su vez sujetará la lana y lanzará el ovillo a otra persona del grupo. Así sucesivamente hasta que todas las personas hayan hablado.

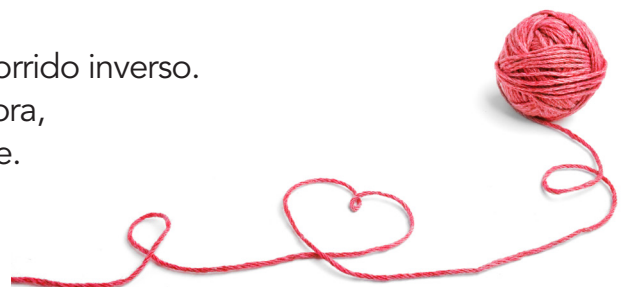
Al finalizar esta primera parte de la dinámica, habremos tejido una red.

Sin deshacerla, hacemos caer en la cuenta de ello y explicamos que es un símbolo de nuestra vida, que compartiendo sentimientos y encuentros, tejemos nuestras relaciones...

Estamos sostenidos por redes, - familia, amigos, vecinos, sociedad, Iglesia- que nos permiten vivir.

A continuación el ovillo tiene que hacer el recorrido inverso.

Para ello proponemos que, con una sola palabra, cada persona defina qué significa comunicarse.



## A la luz de la Palabra Jn 4, 5-26

### Aprendemos de Jesús a comunicar

Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos).

Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva». La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad».

La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo».



## Reflexionamos juntos a la luz de la Palabra

Estamos ante uno de los pasajes más conocidos, más bellos y significativos del Evangelio. Como todo él está lleno de una riqueza inagotable y se pueden hacer muchas lecturas del encuentro de Jesús con la Samaritana: se trata de un itinerario de vida espiritual; un modelo de catequesis; una llamada a la conversión.

Nosotros queremos, sin embargo, centrarnos en aprender lo que Jesús tiene que enseñarnos sobre el diálogo. Hoy día se nos habla de la necesidad de dialogar.

Existen libros que tratan del mejor modo de dialogar en la empresa, en la familia, con los hijos. Para quienes queremos ser seguidores del Señor no existe ningún maestro mejor que Él para aprender también a dialogar.

Fijémonos en algunas de las pistas que Jesús nos da para aprender a dialogar. El encuentro de Jesús con la Samaritana tiene un marco inicial: Es Jesús quien se encuentra esperando a la samaritana; lo hace en un pozo y la hora son las doce del mediodía.

Jesús **busca el encuentro**: Tal y como dice el Papa Francisco Dios nos “primerea”. Es Él quien nos busca, a pesar de que seamos nosotros quien le necesitemos a Él. He aquí la primera pista con relación al diálogo. Jesús busca la posibilidad de encontrarse a solas con cada uno de nosotros. ¿Qué ocurre en nuestra relación? ¿Busco el encuentro con el otro? ¿Busco la mejor ocasión para dialogar? ¿Soy yo quien busca al otro o, más bien, hago siempre que el otro tenga que buscarme, esperarme?

**El lugar** es el pozo. En la Biblia el pozo tiene un significado esponsal. Los patriarcas encontraron en un pozo a quienes se convirtieron en sus esposas. Jesús se encuentra con la Samaritana en el pozo y pone el marco para el diálogo con ella: el amor. No es lo mismo que el marco de una conversación sea el reproche que el amor; no es lo mismo que lo que busque es la venganza que el perdón; no es lo mismo que en nuestras conversaciones busquemos hacer daño que curar al otro. ¿Cuál es el marco de nuestro diálogo como novios?

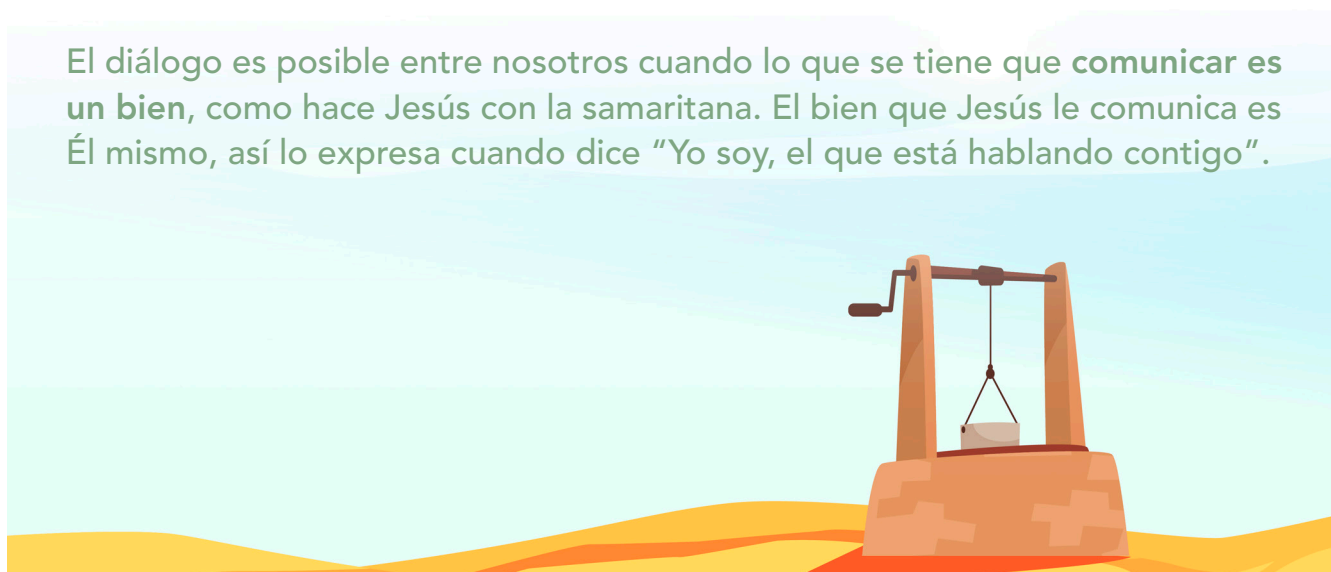


**La hora** es la hora sexta. La hora de mediodía. Es raro que alguien vaya en el desierto a mediodía al pozo. Hace demasiado calor y el sol pega duro. Jesús, sin embargo, sabe que a esa hora podrá hablar sin que nadie más intervenga. No es la hora habitual, es cierto, pero es el momento en que Jesús se asegura que podrán hablar sin ser molestados. ¿Qué hay de nuestro diálogo? ¿Buscamos la mejor ocasión para estar a solas, sin que nadie nos moleste? ¿Busco a alguien, una conversación en el móvil, un amigo, un lugar en el que estar entre los dos sea imposible o más bien trato de encontrar momentos y lugares en que estemos los dos a solas?

La conversación comienza con una petición de Jesús: “Dame de beber”. Es curioso. Jesús, Dios, se pone en una situación de **fragilidad**, de necesidad, frente a la Samaritana. No muestra su fortaleza y su poder. ¿Cuál es mi disposición inicial en el diálogo con mi pareja? ¿Me da miedo mostrar mi necesidad, mi fragilidad, mi debilidad y por ello el contexto del diálogo es mostrar mis “puntos fuertes” para situar el diálogo donde me encuentro seguro, aunque ello suponga no llegar a la verdad?

Al final del diálogo la Samaritana reconoce que Jesús es un “profeta” porque este le ha dicho la **verdad** sobre su vida. Jesús dice a la Samaritana algo que, en principio, podría hacerle sentirse juzgada: “el de ahora no es tu marido”. Jesús, la Verdad, nunca esconde la verdad. Sin embargo, el modo lleno de delicadeza y cariño con el que el diálogo se ha desarrollado hace que la Samaritana no se vea acusada. También en nuestro diálogo hay momentos en que hay que decir al otro algo que puede dolerle pero que es verdad. Y aquí tenemos el ejemplo de Jesús que habla no para acusar sino para curar y el de la Samaritana que escucha no defendiéndose y auto justificándose sino dándose cuenta de que conversión que necesita. ¿Es al modo de Jesús como decimos la verdad al otro? ¿Es al modo de la Samaritana como escuchamos lo que el otro nos dice?

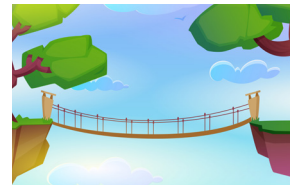
El diálogo es posible entre nosotros cuando lo que se tiene que **comunicar es un bien**, como hace Jesús con la samaritana. El bien que Jesús le comunica es Él mismo, así lo expresa cuando dice “Yo soy, el que está hablando contigo”.







Vemos juntos el video  
"Bridge"



### Dialogamos

Una vez visto el vídeo, comentamos con ellos:

- ➤ ¿De qué trata?
- ➤ ¿Nos sentimos reconocidos en la vida normal en esto?
- ➤ ¿Con qué nos hemos sentido más identificados: con los grandes o con lo que hacen los más pequeños?
- ➤ En mi relación, ¿soy de los que cedo y acepto con facilidad o tengo una postura intransigente?



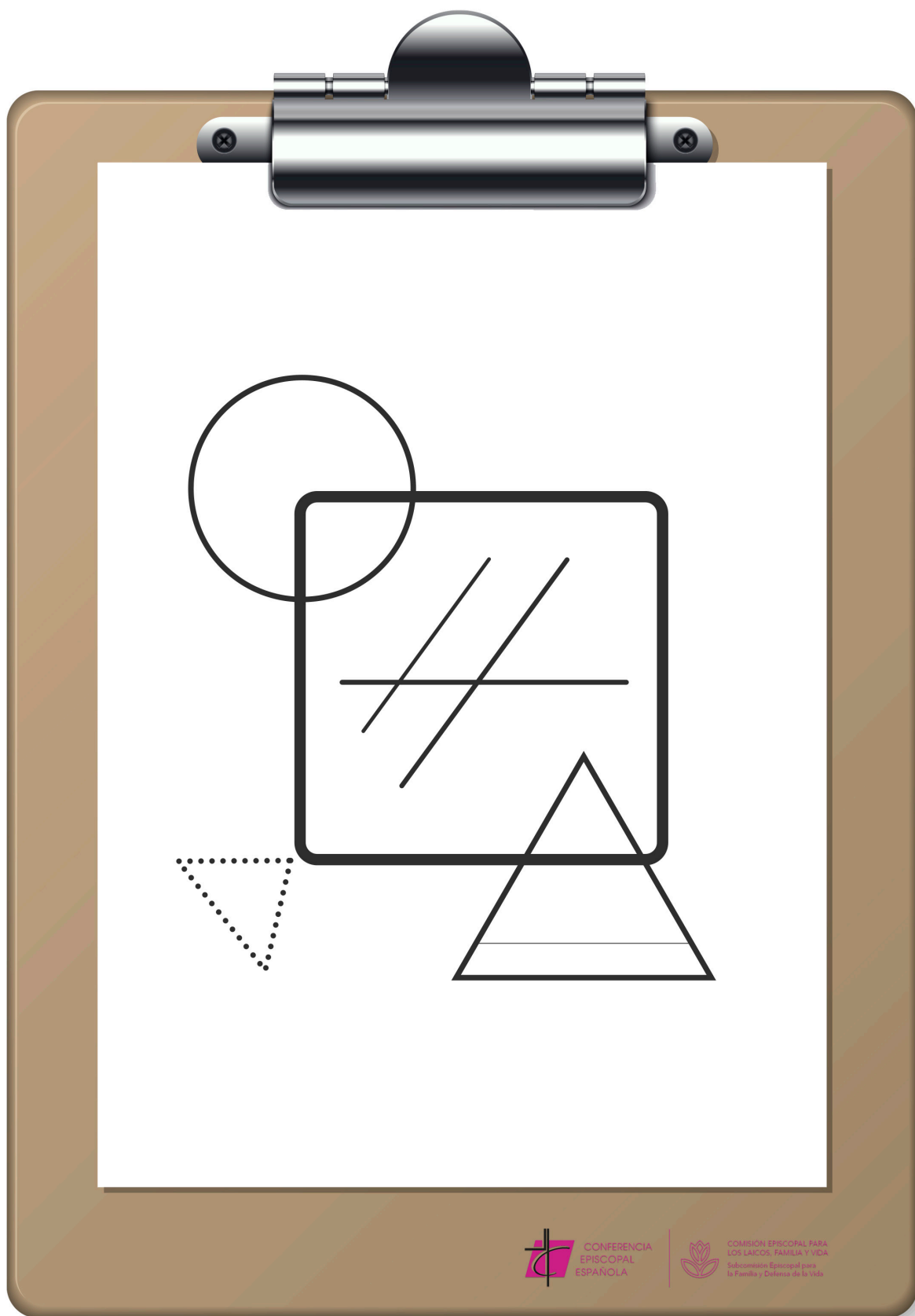
### Un rato con Dios

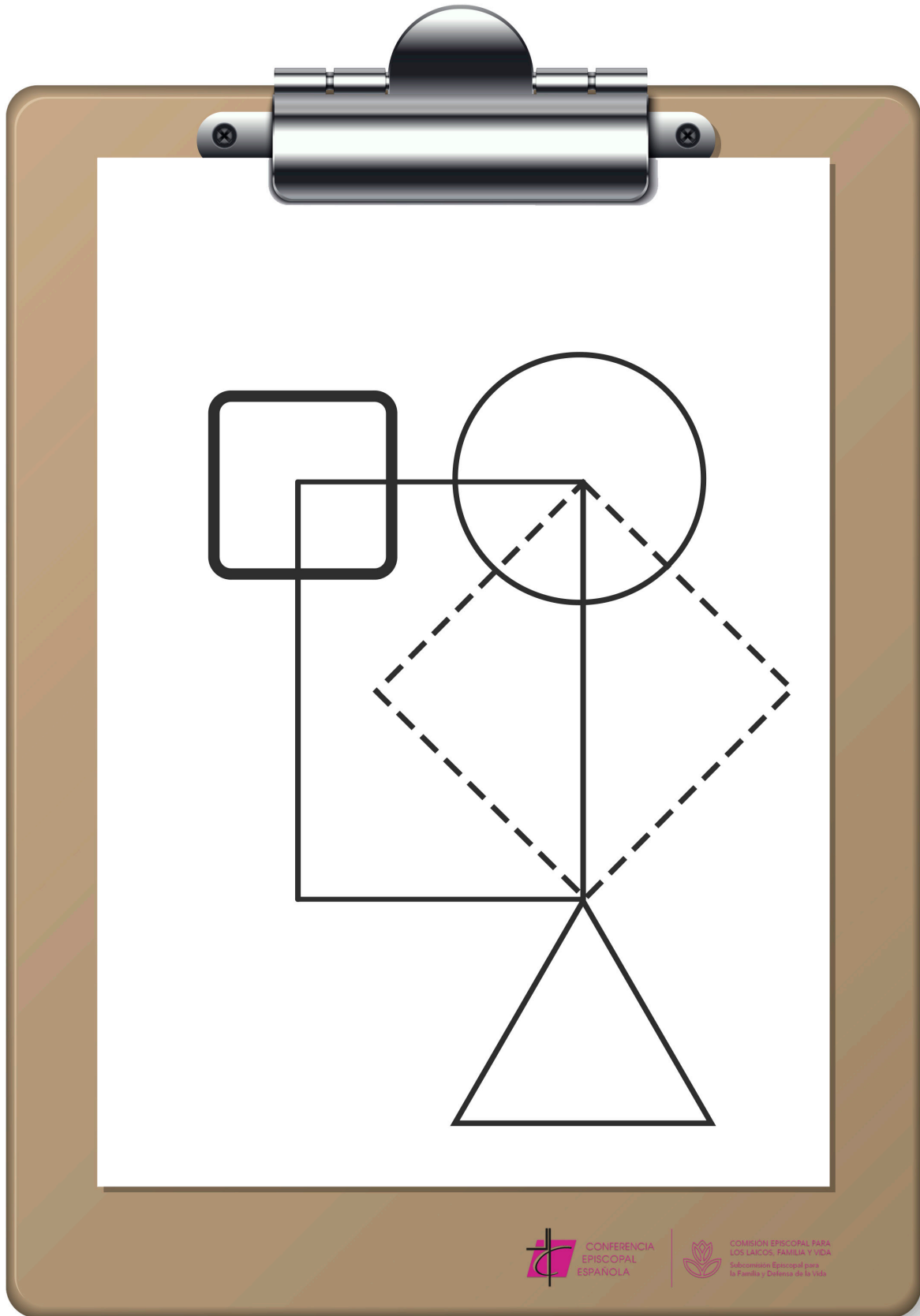
Les damos el texto del Papa Francisco a los novios: "Permiso, Perdón y Gracias", para que lo lean en pareja y hagan oración juntos.



### Para saber más...







Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La catequesis de hoy es como la puerta de entrada de una serie de reflexiones sobre la vida de la familia, su vida real, con sus tiempos y sus acontecimientos. Sobre esta puerta de entrada están escritas tres palabras, que ya he utilizado en la plaza otras veces. Y esas palabras son: **«permiso»**, **«gracias»**, **«perdón»**. En efecto, estas palabras abren camino para vivir bien en la familia, para vivir en paz. Son palabras sencillas, pero no tan sencillas de llevar a la práctica. Encierran una gran fuerza: la fuerza de custodiar la casa, incluso a través de miles de dificultades y pruebas; en cambio si faltan, poco a poco se abren grietas que pueden hasta hacer que se derrumbe.

Nosotros las entendemos normalmente como las palabras de la «buena educación». Es así, una persona bien educada pide permiso, dice gracias o se disculpa si se equivoca. Es así, pero la buena educación es muy importante. Un gran obispo, san Francisco de Sales, solía decir que «la buena educación es ya media santidad». Pero, atención, en la historia hemos conocido también un formalismo de las buenas maneras que puede convertirse en máscara que esconde la aridez del ánimo y el desinterés por el otro. Se suele decir: «Detrás de tantas buenas maneras se esconden malos hábitos». Ni siquiera la religión está exenta de este riesgo, que hace resbalar la observancia formal en la mundanidad espiritual. El diablo que tienta a Jesús usa buenas maneras —es precisamente un señor, un caballero— y cita las Sagradas Escrituras, parece un teólogo. Su estilo se presenta correcto, pero su intención es desviar de la verdad del amor de Dios. Nosotros, en cambio, entendemos la buena educación en sus términos auténticos, donde el estilo de las buenas relaciones está firmemente enraizada en el amor al bien y respeto del otro. La familia vive de esta finura del querer.

La primera palabra es **«permiso»**. Cuando nos preocupamos por pedir gentilmente incluso lo que tal vez pensamos poder pretender, ponemos un verdadero amparo al espíritu de convivencia matrimonial y familiar. Entrar en la vida del otro, incluso cuando forma parte de nuestra vida, pide la delicadeza de una actitud no invasora, que renueve la confianza y el respeto. La confianza, en definitiva, no autoriza a darlo todo por descontado. Y el amor, cuando es más íntimo y profundo, tanto más exige el respeto de la libertad y la capacidad de esperar que el otro abra la puerta de su corazón. Al respecto recordamos la palabra de Jesús en el libro del Apocalipsis: «Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (3, 20). También el Señor pide permiso para entrar. No lo olvidemos. Antes de hacer algo en familia: «Permiso, ¿puedo hacerlo? ¿Te gusta que lo haga así?». Es un lenguaje educado, lleno de amor. Y esto hace mucho bien a las familias.

La segunda palabra es **«gracias»**. Algunas veces nos viene a la mente pensar que nos estamos convirtiendo en una civilización de malas maneras y malas palabras, como si fuese un signo de emancipación. Lo escuchamos decir muchas veces incluso públicamente. La amabilidad y la capacidad de dar gracias son vistas como un signo de debilidad, y a veces suscitan incluso desconfianza. Esta tendencia se debe contrarrestar en el seno mismo de la familia. Debemos convertirnos en intransigentes en lo referido a la educación a la gratitud, al

reconocimiento: la dignidad de la persona y la justicia social pasan ambas por esto. Si la vida familiar descuida este estilo, también la vida social lo perderá. La gratitud, además, para un creyente, está en el corazón mismo de la fe: un cristiano que no sabe dar gracias es alguien que ha olvidado el lenguaje de Dios. Recordemos la pregunta de Jesús, cuando curó a diez leprosos y sólo uno de ellos volvió a dar las gracias (cf. Lc 17, 18). Una vez escuché decir a una persona anciana, muy sabia, muy buena, sencilla, pero con la sabiduría de la piedad, de la vida: «La gratitud es una planta que crece sólo en la tierra de almas nobles». Esa nobleza del alma, esa gracia de Dios en el alma nos impulsa a decir gracias a la gratitud. Es la flor de un alma noble. Esto es algo hermoso.

La tercera palabra es **«perdón»**. Palabra difícil, es verdad, sin embargo tan necesaria. Cuando falta, se abren pequeñas grietas —incluso sin quererlo— hasta convertirse en fosas profundas. No por casualidad en la oración que nos enseñó Jesús, el «Padrenuestro», que resume todas las peticiones esenciales para nuestra vida, encontramos esta expresión: «Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (Mt 6, 12). Reconocer el hecho de haber faltado, y mostrar el deseo de restituir lo que se ha quitado —respeto, sinceridad, amor— hace dignos del perdón. Y así se detiene la infección. Si no somos capaces de disculparnos, quiere decir que tampoco somos capaces de perdonar. En la casa donde no se pide perdón comienza a faltar el aire, las aguas comienzan a verse estancadas. Muchas heridas de los afectos, muchas laceraciones en la familias comienzan con la pérdida de esta preciosa palabra: «Perdóname». En la vida matrimonial se discute, a veces incluso «vuelan los platos», pero os doy un consejo: nunca terminar el día sin hacer las paces. Escuchad bien: ¿habéis discutido mujer y marido? ¿Los hijos con los padres? ¿Habéis discutido fuerte? No está bien, pero no es este el auténtico problema. El problema es que ese sentimiento esté presente todavía al día siguiente. Por ello, si habéis discutido nunca terminar el día sin hacer las paces en la familia. ¿Y cómo debo hacer las paces? ¿Ponerme de rodillas? ¡No! Sólo un pequeño gesto, algo pequeño y vuelve la armonía familiar. Basta una caricia, sin palabras. Pero nunca terminar el día en familia sin hacer las paces. ¿Entendido esto? No es fácil pero se debe hacer. Y con esto la vida será más bonita.

Estas tres palabras-clave de la familia son palabras sencillas, y tal vez en un primer momento nos causarán risa. Pero cuando las olvidamos, ya no hay motivo para reír, ¿verdad? Nuestra educación, tal vez, las descuida demasiado. Que el Señor nos ayude a volver a ponerlas en su sitio, en nuestro corazón, en nuestra casa, y también en nuestra convivencia civil. Son las palabras para entrar precisamente en el amor de la familia.

Y ahora os invito a repetir todos juntos estas tres palabras: «permiso», «gracias», «perdón». Son las palabras para entrar precisamente en el amor de la familia, para que la familia permanezca. Luego repitamos el consejo que os he dado, todos juntos: Nunca terminar el día sin hacer las paces. Gracias.

PAPA FRANCISCO  
AUDIENCIA GENERAL  
Miércoles 13 de mayo de 2015